



LUCES DE UNA AUTOETNOGRAFÍA LÉSBICA

Reseña de *Las Intermitencias de los
Infinitos Lésbicos* (2022) de María
Alonso

Konstantinos Argyriou, *Universidad Rey Juan Carlos I de Madrid*





No es fácil indagar en el panorama de la afectividad y relacionalidad lésbicas, en un momento en el que su invisibilización histórica parece haber adquirido una nueva dimensión. Las Intermittencias de los Infinitos Lésbicos (Alonso, 2022) nos abren el camino hacia la complejización del sentido que le damos a la identidad, la orientación, el deseo y el quehacer lésbicos. Por ello, deviene un libro urgente; un camino a recorrer en un horizonte muy cercano.

Resulta complicado, e incluso innecesario, establecer un orden estricto en la exposición de los argumentos clave de este libro. Parece más útil reunir temas o patrones. Esta flexibilidad no solo está en línea con el afán de la autora por desafiar los esquemas positivistas de la ciencia, sino que facilita la labor de ver el texto en perspectiva, como un ente vivo, palpitante, en movimiento.

En su autoetnografía, María Alonso conjuga cuestiones identitarias, que siempre se ven atravesadas por la política. Pero la que destaca sobre las demás es su pertenencia a la categoría “lesbiana”, sobre todo después de haber experimentado atracción y amor por un hombre. Este presunto “deslizamiento” parece, para algunas de sus amigas más cercanas, ser señal de una incompatibilidad con la pertenencia al endogrupo. El carné de “lesbiana” parece otorgarse precisamente por rechazar a los hombres como posibles amantes, compañeros, incluso a veces interlocutores en el espectro sexoafectivo.

Las políticas identitarias, además, promocionan ideales de identificación con las categorías sexogenéricas, entre ellos la estabilidad, la robustez y la convicción de que se trata de una característica vital, definitiva. La trayectoria sexoafectiva de la autora, en ese sentido, la encasillaría, al menos en principio o por defecto, en lo bisexual. Sin embargo, ella deniega abiertamente esta denominación, asomándose a un largo pensamiento sáfico que no se deja conformar con las apariencias. No por haber mantenido o seguir manteniendo relaciones con ambos géneros prevalentes, acaba una siendo bi. Al contrario, experiencias vitales, y orientación sexual en el sentido de adscripción a una etiqueta identitaria, son dos aspectos diferentes. De ese modo, el lesbianismo aquí no es estanco ni cerrado, sino permeable, receptivo, atravesado por la narrativa personal:



La definición de lesbiana que estamos construyendo –porque sería imposible terminarla– responde al concepto posmoderno de la identidad fragmentada, fluida, en movimiento, frente a la identidad más esencial de la modernidad, en la que la estructura era estanca, fija, perdurable. Si bien cada una responde a unas funciones, considero que la identidad esencial hoy es menos útil de lo que lo fue, como la posmoderna no lo sería en otros momentos (p. 115).

El libro contiene nombres y hechos reales; relaciones que se manifiestan desde su vulnerabilidad y su temporalidad; maneras de vivir que a veces son enriquecedoras, por los aprendizajes que suponen, y otras problemáticas y pendientes de revisar. La mirada en retrospectiva empieza por ese choque del entorno con la actual relación presuntamente heterosexual, para ir hacia atrás, concretamente hacia dos relaciones lésbicas clave en la vida de la autora. Entre medias, hay menciones a otros vínculos y datos biográficos que nos ayudan a entender los patrones y las comprensiones de la narradora sobre los hechos que la marcan.

Una discusión predominante, que se evidencia a través de la puesta en escena de su relación con su pareja más longeva, concierne la crianza compartida de su hija, así como la responsabilización de los trabajos de cuidado y mantenimiento del hogar. Para la autora, las relaciones lesbianas parecían en principio exentas de preocupaciones generizadas, es decir de si alguna de las dos partes asume roles más “femeninos” o “masculinos”. No obstante, mediante realizaciones dolorosas, progresivamente se evidencia que las lesbianas no desarrollan sus relaciones al margen del orden hetero- y homo-normativo, sino muy a menudo dentro de él. De ello advertía Diana Fuss en su mítico libro *Inside/Out* (1991), al hablar de la relacionalidad queer como intrínseca y a la vez extrínseca de la hegemonía heterosexual.

Otro de los efectos especiales del libro es que explaya relatos y moviliza experiencias de otras mujeres del círculo de María. Por ende, la autoetnografía implementada no se limita en el punto de vista presente o pasado de ella, sino que agrega elementos externos, testimonios de compañeras, amigas, camaradas, conocidas, la mayoría residentes en Granada o el resto de Andalucía, pero también de otros lugares. Al principio del libro se desarrollan las características de esas mujeres, la mayoría reales, otras anonimizadas. Y en cuanto a sus aportaciones, esas oscilan entre la comprensión de los vínculos, hasta la afrontación de la lesbofobia. Por ejemplo:



[...] me ha costado tener que cumplir muchos años para que empeicen a escucharme en un plano de igualdad. ¡Pues no había que argumentar nada...! Cuando un tío dice que el vaso está encima de la mesa, porque es obvio [...], yo tengo que argumentarlo. Ellos con que lo digan ya tienen la comprensión (“Raquel”, en Alonso Vidal, p. 200).

Un estereotipo muy común en las relaciones entre lesbianas es que son intensas, llenas de altibajos emocionales, y de la lógica de “todo o nada” desde sus inicios; que, contrariamente a las relaciones entre gays, son menos efímeras, promiscuas o carnales, para enfocarse más en la expresión de sentimientos y la corresponsabilidad. María ofrece otro ángulo:

No conozco parejas de lesbianas que se hayan sentado a negociar cómo va a ser su convivencia en el momento de iniciar la relación. Es posible que, si las mujeres heterosexuales lo hacen, sea porque intuyen que la desigualdad es una opción probable más que posible, mientras que las lesbianas, por esa creencia de que tenemos relaciones igualitarias, no nos lo planteamos (p. 283).

Se trata de un esbozo que consigue entremezclar la teoría con la vivencia personal, de una manera memorable. Justo una página después, se encuentra otra reflexión relevante:

[...] la negociación era un fraude, en el sentido de que muchas veces pretendía ser una llamada de atención por mi parte para intentar que [Nahia] se diera cuenta de mi malestar y que saliera de ella, por iniciativa propia, recuperar alguna tarea. No pretendía con eso que aliviara mi carga realizando las tareas de casa, sino más bien que aliviara mi desilusión –si ella colaboraba un poco, yo sentiría que lo hacía para apoyarme y esa empatía la interpretaba como una prueba de amor hacia mí– (p. 284).

Aunque la aplicación de una mirada tan íntima y la iluminación de aspectos tan profundos podrían incomodar, incluso desbordar partes del público lector, la proporción áurea que encuentra la autora para evitar que miremos su vida de reojo es tan delicada y cuidada, que se merece una mención especial. Es concertante que no se acabe fetichizando los recuerdos aportados, a pesar de que algunos se narran con una (inevitable) carga emocional. En eso, una mezcla de transparencia y complicidad marcan el camino a seguir. A la vez, si pensamos en posibles reiteraciones del mismo estilo de escritura, o en estrategias para imitar la



metodología empleada, pronto acabamos renunciando a la posibilidad, por la originalidad del planteamiento.

Volviendo a los temas que destacan, otro fundamental es la reproducción y la creación de familias, teniendo presentes las presiones sociales hacia el matrimonio y el linaje heteronormativo. En las relaciones lesbianas, que tradicionalmente han estado permeadas del doble estigma de feminidad y homosexualidad, que dos mujeres sigan siendo “amigas” durante un tiempo largo no es simplemente sospechoso, sino alarmante. La edad intersecciona con el género y la orientación sexoafectiva, para añadir una capa de dificultad más: los recursos corporales parecen limitados, y el horizonte de la menopausia crea una sensación de ir a contrarreloj. María advierte que el horizonte de inseminación por material genético masculino también afecta las decisiones que se toman al respecto, en un entorno donde eso parece socavar la autonomía y la libertad corporales de las mujeres lesbianas.

Es más: que lesbianismo y maternidad parezcan hoy día compatibles, y que una madre lesbiana sea inteligible como tal, se tuvo que comprometer con una causa que es el epítome de la heteronorma: el matrimonio. Sin estar casadas, dos mujeres no tenían suficiente legitimación para desarrollar juntas una familia. La institucionalización vino en cierto sentido como anatema, básicamente para ofrecer un soporte legal, pero a la vez para inscribir las familias disidentes bajo el marco de parentesco tradicional y la generización de los vínculos entre los componentes de la pareja.

Las técnicas de reproducción asistida, así como el retorno al biologicismo en relatos sobre la maternidad lésbica, es otro de los asuntos que actualiza el libro. Los avances conseguidos con el pronunciamiento de las dinámicas de las familias elegidas parecen chocar con una vuelta al cuerpo como altar, la maternidad como propósito último de las mujeres, y la obsesión por el traspaso de los rasgos genéticos. Cuando hace unas décadas, se había quedado claro que lo importante es la crianza y el vínculo afectivo y socioeducativo en la relación entre prole y madre, actualmente se observa un giro (incluso se podría decir que neoconservador) hacia el valor de los genes y del lazo biológico entre embrión y gestante.

Es interesante que la discusión sobre la maternidad no se limita a la procreación, sino que se expande hacia todo el proceso de crianza, para rescatar hasta la discriminación que reciben las criaturas de mujeres



lesbianas en la escuela, o la pregunta de a quién considerar “madre” o “padre”, por ejemplo cuando la segunda figura es completamente inexistente. Ante la presencia de dos madres, ¿quién asume qué aspectos del desarrollo de la persona? ¿Hay diferencias entre los significados, las funciones o el tipo de vínculo con una progenitora y con la otra? Y si la pareja deja de concebirse como tal, ¿continúan los roles asignados, o se pierde el acuerdo inicial?

Entiendo que formábamos una familia, aunque no hubiera un matrimonio legal ni una hija biológica entre ambas. Si bien hicimos reparto de tareas, en ese momento no nos planteábamos nada en cuanto a relaciones de poder o género. Aunque posiblemente nuestras subjetividades guiaron nuestros lugares en ese reparto. No recuerdo malestares en ese sentido por parte de ninguna –tal vez la relación se rompió antes– (p. 335).

Hablando del reconocimiento del tipo de relaciones establecidas entre lesbianas, sus persistencias, resistencias y transformaciones a lo largo del tiempo, las travesías por separaciones y descontentos, así como las complicaciones que eso conlleva para el imaginario cisheteromasculino, la autora comenta lo siguiente:

[las parejas] no se detectan [como tales] porque nuestras fronteras están diluidas: somos tanto amigas, hermanas, parejas, compañeras... muchas veces todo a la vez, y en otras las relaciones afectivo-sexuales se disuelven en relaciones de amistad y viceversa, y los afectos mutan y se mezclan las complicidades. La propiedad privada (“Es mi...”) no es monolítica para nosotras, sino más fluida, y estamos constantemente aprendiendo a gestionar las posesividades, porque cambiamos de posición a menudo: ya eres pareja como eres amiga, eres cómplice, amante, proveedora o receptora de afectos, de cuidados, de recursos, de saberes o de haceres, según las circunstancias (p. 362).

La psicoeducación que se lleva a cabo a lo largo del texto es de gran valor. La sensación que se da es de un acompañamiento constante hacia otras formas de comprender la vida en pareja, los lazos humanos, las palabras mismas y su peso, y por supuesto, los estereotipos y las herramientas que podemos conseguir para rebatirlos.

Hacia el final de la autoetnografía, María advierte dos peligros: uno es dar por sentadas las ganancias y los pasos que se han dado en términos de derechos humanos y sociales para el colectivo, y para las lesbianas más concretamente; el otro es el tema de los cuidados en edades



avanzadas, y la previsión de un bienvejecer más allá de la cisheteronormatividad.

[...] no deja de preocuparme que nos dejemos llevar por la inercia, no me importa ya si del dúo o de la unidad, porque lo que está por venir nos requiere unidas aún más de lo que ya lo estamos o lo estuvimos antes (p. 390).

Atender a esas dos preguntas es sustancial. Atravesamos momentos arduos, en los que se anuncian retrocesos en legislaciones, se malinterpretan evidencias científicas, se tergiversa la información respecto a la diversidad sexogenérica, y el colectivo aparece a menudo como la oveja negra de todo lo malo que sucede a nivel global. A la vez, este no es el devenir más placentero para aquella gente que está en proceso de envejecimiento, y en vez de disfrutar de lo ganado, se enfrenta a nuevos peligros de supervivencia. A la soledad comúnmente experimentada, la falta de recursos especializados o la invisibilización y la vuelta al armario (doble armario para muchas mujeres lesbianas), tendríamos que añadir ahora el retroceso social después de varias décadas de activismo y participación ciudadana para la despenalización, despatologización y reconocimiento legal de la orientación sexual y la identidad de género. Y María ofrece alternativas: proyectos de co-housing y cuidados entre amigas, redes de contacto extensas que superen las limitaciones temporales, lazos intergeneracionales... pero también expresa el miedo a que todas estas alternativas no se fomenten y no se protejan activamente.

Es un libro que puede parecer extraño o lejano a una persona que no es mujer lesbiana o bi. Pero está escrito teniendo en mente a gente lectora de otros colectivos, además su lenguaje es tan ameno y cercano, que es imposible no acabar identificándose con experiencias y miradas contadas en sus páginas. Personalmente, en muchos momentos me conmovió; en otros me descolocó: la introspección que la investigadora lleva a cabo es tan refinada, que me hizo dudar sobre mi propia capacidad, y la de mucha gente alrededor, de analizar y procesar conocimientos tan íntimos con tanta lucidez y nitidez. Los episodios narrados no me parecieron en absoluto fuera de contexto, ni en aquellas ocasiones en las que me distanciaba de las decisiones o las visiones de la autora. Es un trabajo escrito desde la empatía y el cariño, con lo cual es imposible no conectar con la persona que nos lo ha ofrendado.



Como mencioné anteriormente, se trata de un trabajo antropológico de gran actualidad. Es importante situar la obra de María en una literatura, ya no solo hispánica sino internacional, que en los últimos años atenta contra las políticas de identidad, abraza contradicciones internas, promueve nuevos modelos de afectividad, y avanza en materia de herramientas narrativas y metodológicas situadas. Pienso en relatos autobiográficos similares recientes, como por ejemplo *A Trans Man Walks Into a Gay Bar* (2023), de Harry Nicholas, *None of the Above* (2022), de Travis Alabanza, o incluso *Queer Intentions* (2019), de Amelia Abraham. En el primero, un hombre trans narra cómo su vida misma parece una paradoja en condiciones por parte de una cultura queer imperante, que dictamina que los hombres trans deben, o al menos suelen ser, heterosexuales. EL autor explica cómo los espacios de socialización LGTBQ+, en su presunta apertura y aceptación, acaban reproduciendo los mismos cánones y prejuicios contra sexualidades alternativas. El segundo habla de las aventuras de una persona no binaria racializada no solo en los entresijos de un sistema legal y ciudadano podrido, sino también en una maquinaria relacional que prefiere las categorías estancas a la flexibilidad identitaria. Le autore cuestiona todas las reminiscencias del cartesianismo en la vida actual, tomando como base las restricciones administrativas. El tercero es un testimonio personal, que sugiere el reconocimiento del privilegio personal como primer paso hacia un activismo queer más situado. La autora explora una relación lésbica romántica, rellenando la distancia entre Reino Unido e Islandia con relatos sobre ser disidente del sistema sexo/género en otras partes del mundo, desde Bosnia hasta Tailandia, y desde Brasil hasta Turquía.

Aunque los tres libros promueven también esta renuncia a las categorías impuestas y cuestionan el afán correspondiente de seguridad identitaria, se mantienen en una autorreferencialidad que a veces recae en lo apolítico o lo descontextualizado. En lo que gana, en ese sentido, la aportación de María Alonso, es en la activación de esta perspectiva antropológica que se convierte en ejercicio epistemológico alternativo, situado, realmente polifacético. Además, aunque Nicholas, Abraham o Alabanza movilizan los márgenes sociales y epistémicos de sus respectivos contextos, no consiguen salir de la hegemonía anglosajona que hace que todo suene más pulido y cuqui en inglés.

Se hace patente que el desarrollo de ideas decoloniales, o la incorporación de voces desde fuera de Occidente, no son suficientes para



cambiar todo un entramado de producción de relatos desde los estratos más altos y privilegiados de los estudios de género y sexualidad (gente con acceso a editoriales de gran escala, o gente periodista que viaja por el mundo y vive en ciudades cosmopolitas). Prescindiendo de pretensiones científicas, de un “sujeto cognoscente”, y cogiendo como punto de referencia la ciudad de Granada desde las primeras organizaciones feministas y LGTBIQ+ de los noventa, la aproximación del libro es definitivamente más orgánica.

En definitiva, *Las Intermitencias de los infinitos lésbicos* abre una nueva línea de comprensión de las experiencias sexoafectivas desde la autoetnografía. Eso requiere valentía, y para aquella gente que continúa armarizada, o en condiciones adversas, no es un ejercicio ni asegurado ni fácil. Pero también es un producto de mucho amor, que admite equivocaciones y se permite inconsistencias internas, ignorando o superando el “qué dirán”. Esas “contradicciones encarnadas”, si se me permite la noción, son sustanciales para esquivar tradiciones esencialistas, que encorsetan complejas historias de vida en vivencias lineales y etiquetas caricaturescas. Pero también para avanzar en conversaciones públicas desde ángulos poco comunes, como el de una mujer lesbiana que se encuentra en una relación heterosexual, sigue vinculada a su ex mujer y ha criado con ella, y con otra ex pareja mujer antes que ella, una hija.

Referencias

Abraham, Amelia (2019). *Queer Intentions: A (Personal) Journey through LGBTQ+ Culture*. Picador.

Alabanza, Travis (2022). *None of the Above: Reflections on Life Beyond the Binary*. Canongate.

Fuss, Diana (1991). *Decking out: Performing identities*. In Diana Fuss (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories* (pp. 1-13). Routledge.

Nicholas, Harry (2023). *A Trans Man Walks Into a Gay Bar*. Jessica Kingsley Publishers.



Konstantinos ARGYRIOU

Mini-Biografía. Konstantinos Argyriou es Profesor Ayudante Doctor en el Departamento de Psicología Social de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Rey Juan Carlos. Es doctor en Estudios Interdisciplinarios de Género por la Universidad Autónoma de Madrid y el Departamento CTS del Instituto de Filosofía del CSIC. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de Lancaster y la Universidad Nacional y Kapodistriana de Atenas.

Recebido em: 13/01/2025

Aprovado em: 02/02/2025